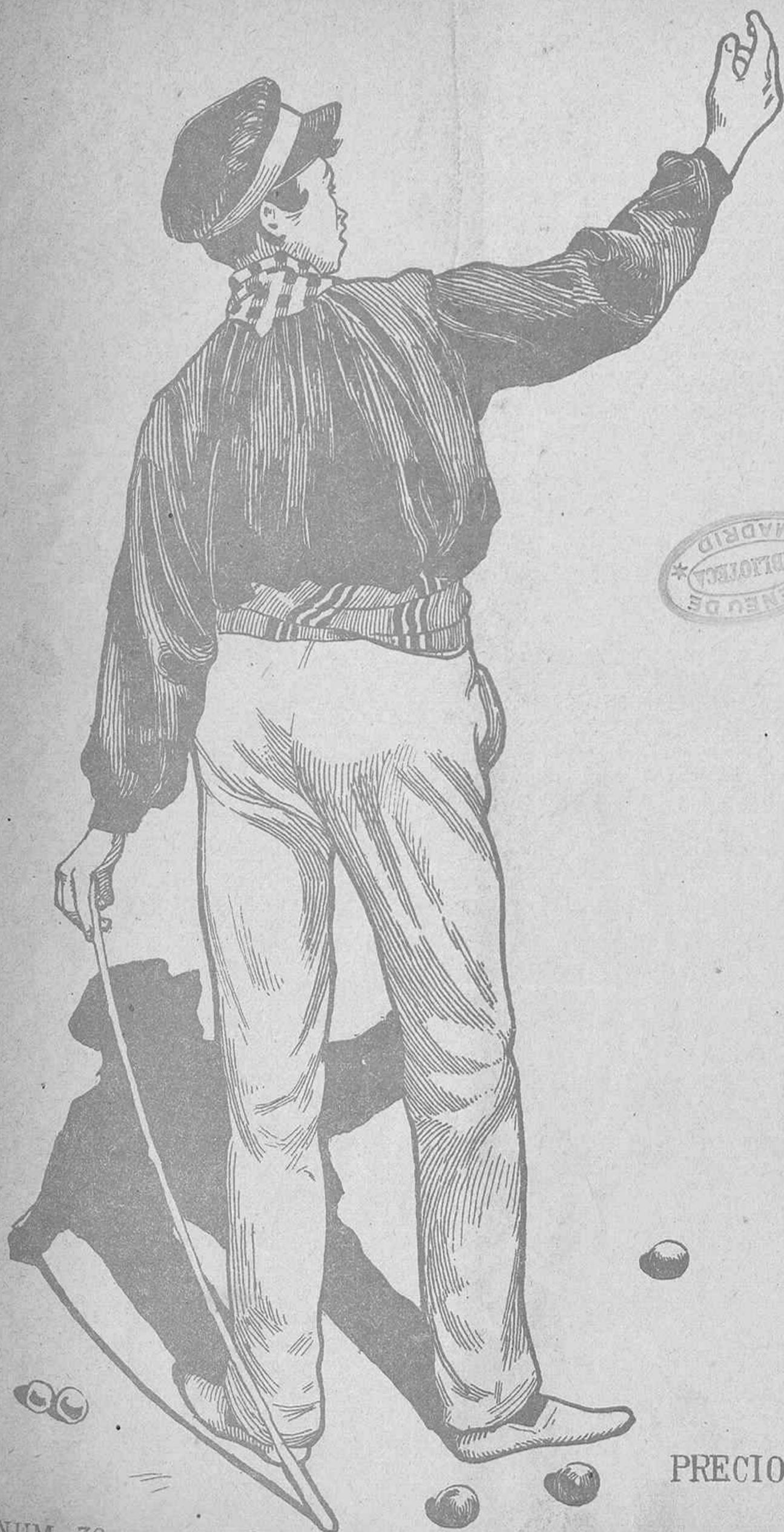


PLUMÓN Y LAPIZ



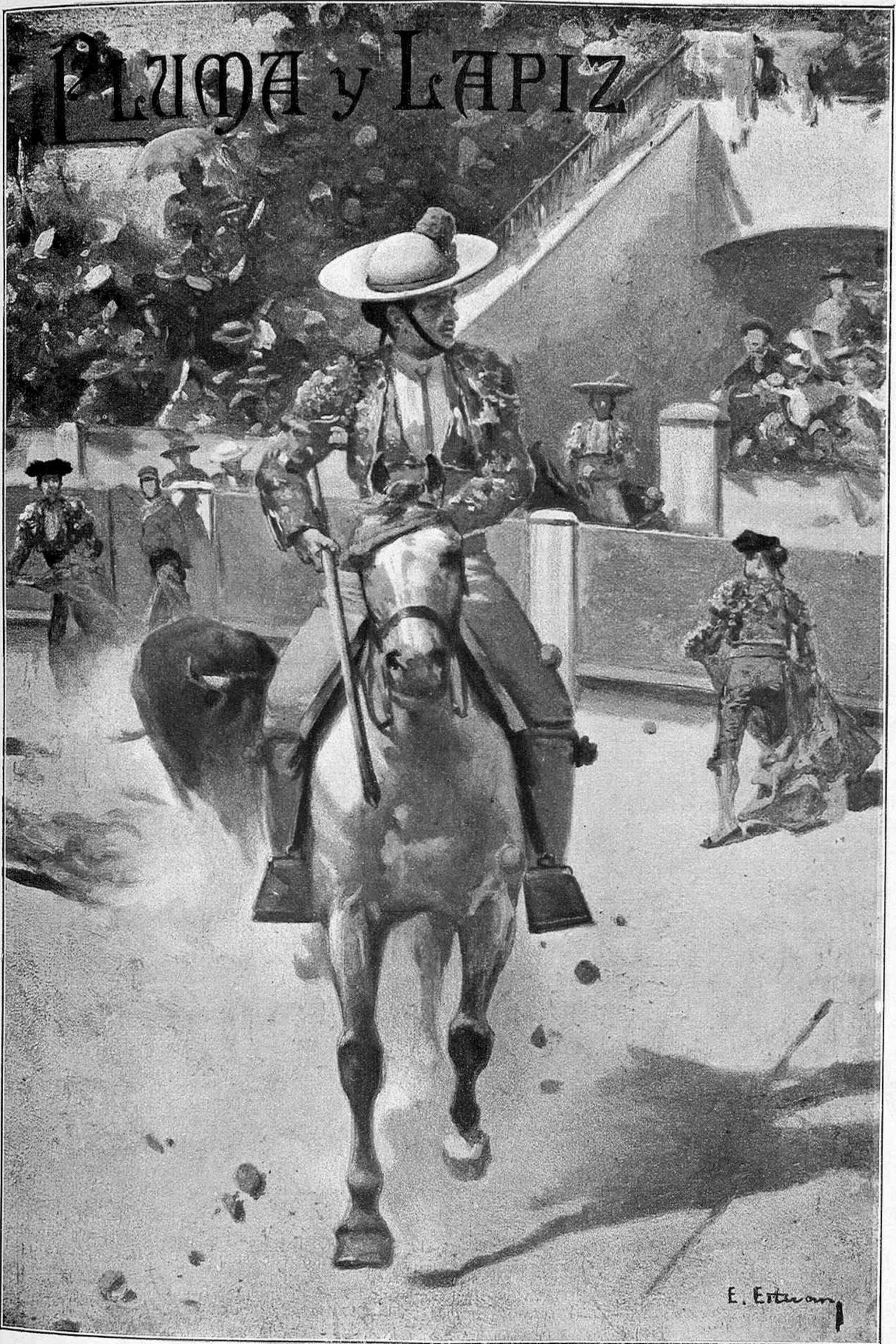
ESCAZCO

PRECIO: 20 CENTS.

NUM. 32

BARCELONA, 9 DE JUNIO DE 1901

AÑO II



NÚM. 32



LOS NOVILLEROS

ESCENAS

INTERIOR de una cervcería de Madrid, servida por mujeres. Ocupan una mesa los matadores de novillos *Palomito* y *Toñuelo*, el banderillero *Pescailla* chico y el picador *Carita de cielo*. Este se distingue por su extraordinaria fealdad. *Toñuelo* y *Pescailla* hablan con marcado acento sevillano; los otros dos con el peculiar de los madrileños del pueblo.

PALOMITO.—Antonio; ya me han dicho que quedaste ayer superior en Aranjuez.

TOÑUELO.—Como los ángeles, y eso que me echaron dos bueyes y tuve que hacerlo yo todo.

PESCAILLA.—¡Hasta volatines ha hecho!

TOÑUELO.—¿Qué querías? ¿Que hubiera entao á la media vuelta, como tú al parearme al segundo?

PESCAILLA.—Ni á la media vuelta, ni á la vuelta entera; porque pareces una campana: te voltean todos los días festivos. ¿'or qué no te contratas para la Giralda?

CARITA.—Que te va á echar de su cuadrilla!

TOÑUELO.—Por patoso.

PALOMITO.—¿A quién vas á enviar mañana al apartao?

TOÑUELO.—A este guasón (por *Pescailla*), ¿y tú?

PALOMITO.—Irá don José. No tengo interés en el sorteo.

CARITA.—Me han dicho que son muy grandes y cornalones.

TOÑUELO.—Como todos los de esta tierra. Yo toreó esa corrida por el compromiso de la alternativa.

CARITA.—¿Cuándo la tomas?

TOÑUELO.—En Sevilla, el mes que viene; aquí me la darán en Octubre.



PALOMITO.—¿Y ese que sale con nosotros mañana? ¿Lo conocéis alguno?

PESCAILLA.—¿El *Trompeta*? Sabe torear; pero marea el mirarle á los pies.

CARITA.—¿Mata algo?

TOÑUELO.—No se entrega ni á una burra de leche.

(Siguen hablando).

Gabinete en casa de *Palomito*. Este se vistió para torear, ayudado por el mozo de estoques. Don José, apoderado del

novillero, y otros amigos presencian el acto.

Don José.—¿Le has enviado las dos delanteras á Regulez?

PALOMITO. (Girando sobre sí mismo para ceñirse la faja, que sostiene por un

extremo el mozo). —¿Al que hace las reseñas en *El Varetazo*? Sí; se las he enviado, y además una barrera que me mandó á pedir esta mañana.

EL MOZO. —Se la he tenido que comprar á un revendedor. En el despacho ya no quedaba papel.



D. JOSÉ. —La gente va á la Plaza con la esperanza de que coja un toro al *Toñuelo*.

AMIGO 1.º —Es un suicida.

PALOMITO. —Se arrima á los toros porque cree que se defiende con la muleta, que si él supiera lo perdido que va no se arrimaba.

AMIGO 2.º —Pues dicen que va á tomar ahora la alternativa.

PALOMITO. —Hoy se la dan á cualquiera.

D. JOSÉ. —Y hacen bien en tomarla. Mira, Angel, no hay cosa peor que acostumbrar á los públicos á verle á uno de novillero; á los que están hartos de verte matar por seis reales, les viene muy cuesta arriba pagar cuatro ó cinco pesetas cuando ya saben todo lo que te traes.

PALOMITO. —Cuasi que tiene usted razón.

D. JOSÉ. —¡Como que es el Evangelio! Hay que aprovechar el *tronío* para doctorarse: el primer año toreas veinte corridas, al otro sesenta... y ya estás arriba.

PALOMITO. —Yo he sido un bestia.

D. JOSÉ. —Porque te dejaste guiar por quien entiende lo mismo de estas cosas que de criar mosquitos con biberón.

AMIGO 1.º —Hace cuatro años que debiste tomar la alternativa.

PALOMITO. —¡Y con lo que yo mataba entonces!

AMIGO 2.º —(Después de mirar por el balcón). Ya está ahí el coche.

PALOMITO. —Venga la casaquilla... (El mozo le ayuda á ponérsela frente al espejo). La montera...

(El novillero enciende un puro; cuélgase en el hombro el capote de paseo y, después de contemplarse una vez más en el espejo, sale cortejado por sus amigos).

* * *

Acera de la calle de Sevilla. Es de noche. D. José, Palomito y Carita de cielo, forman corrillo. Los ven-

dedores de periódicos pregonan la revista de toros, con la grave cogida del *Toñuelo*.

PALOMITO. —El toro llegó á mis manos imposible; me lo resabió Antonio, por empeñarse en pasarlo por bajo, y cuando cogí los avíos ni Dios le levantaba ya la cabeza.

CARITA. —Era un bicho con más mala intención que el ministro de Hacienda.

PALOMITO. —El caso es que me he cargado con el momio de los dos toros suyos.

D. JOSÉ. —¡Y si, al menos, hubieras tenido el santo de caral!

PALOMITO. —Era un ganado imposible. Hoy todos hemos andado de cabeza.

CARITA. —¿Que si hemos andado? (Metiendo la mano por debajo del sombrero). ¡Y hasta callos le han salido á alguno!

PALOMITO. —(Aparte, á don José). ¿Ha ido usted á cobrar?

D. JOSÉ. —(Aparte, á Palomito). Sí; he tenido una bronca; ya hablaremos. Dice que otra vez, si quieres torear, habrá que rebajar, lo menos, veinticinco.

PALOMITO. —¡Qué indecente!

CARITA. —Ya sé quien dices.

PALOMITO. —¿Eh...?

CARITA. —Nada; que si quieres hablar algo en reserva, tienes permiso.

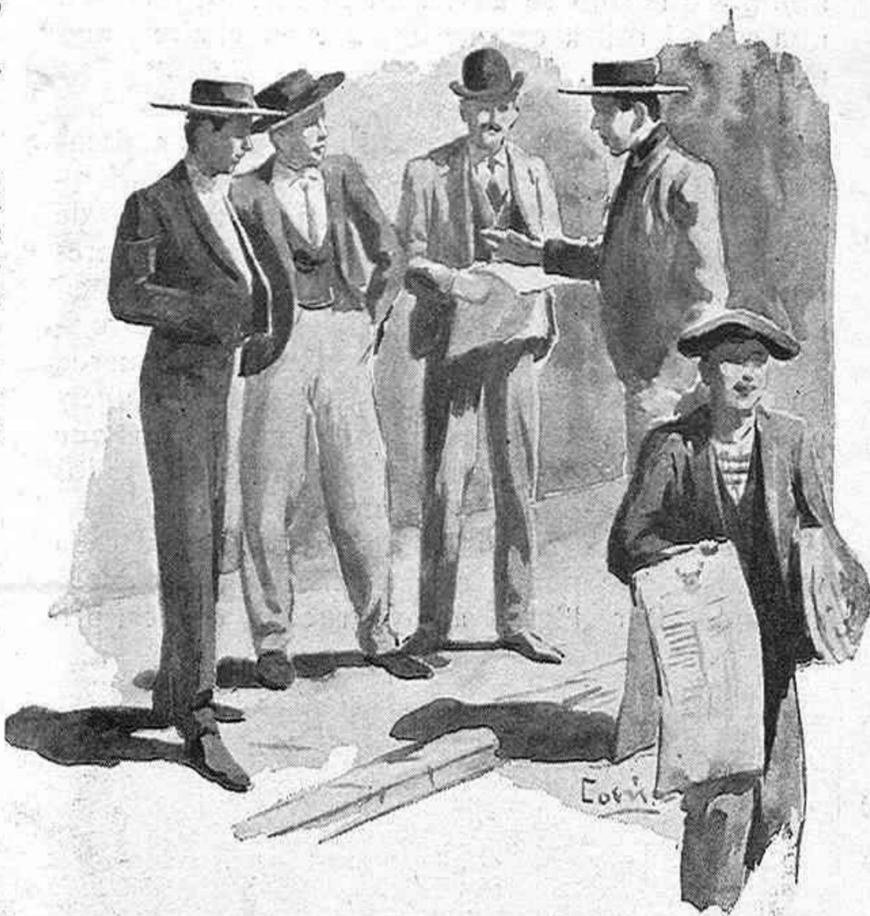
(Llega *Pescailla chico*, muy deprisa).

PALOMITO. —(Llamando). ¡Eh, Diego!... ¿A dónde vas?

PESCAILLA. —A poner un parte para la madre de Antonio.

D. JOSÉ. —¿Se ha puesto peor?

PESCAILLA. —No; ahora está más despejado. Es para tranquilizar á la vieja quitándole importancia á la cornada. La pobre no tiene otro arrimo que su *Toñuelo*.



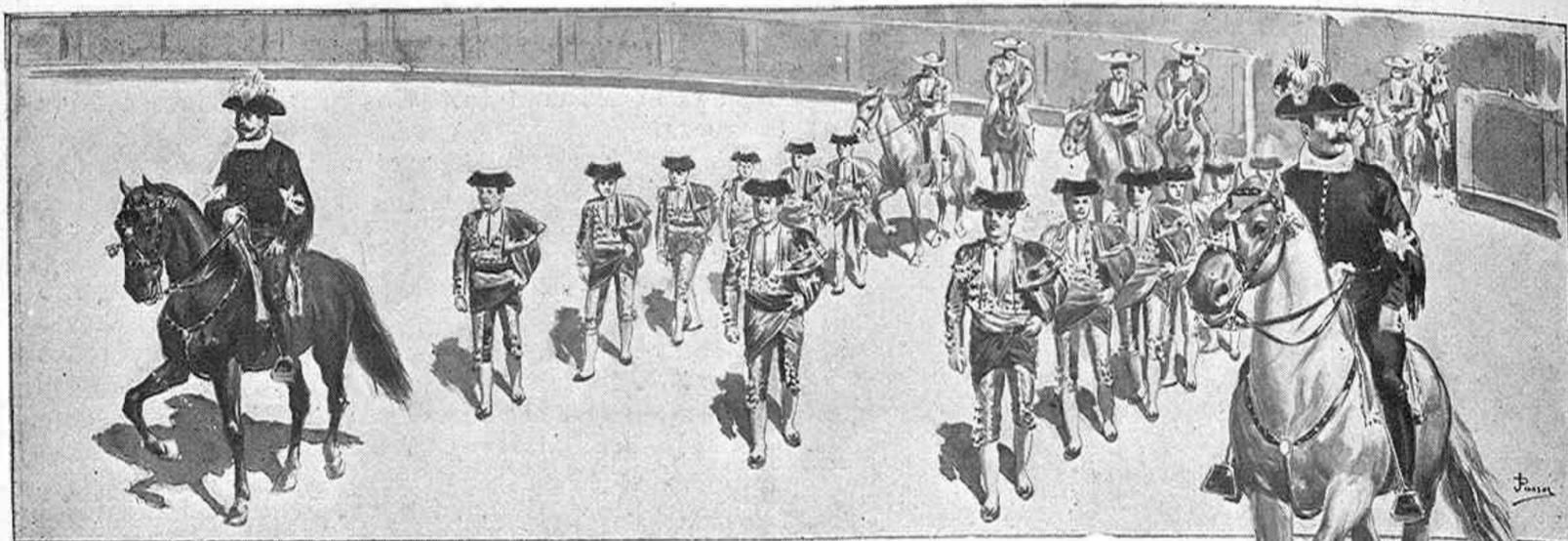
CARITA. —Lo que más sentirá él, es no poder tomar la alternativa el mes que viene.

PESCAILLA. —Es que el mes que viene la toma, ¡aunque tenga que salir á la plaza en camilla!

NICOLÁS DE LEYVA

Ilustraciones de F. S. COVISA.





UNA CORRIDA

EL sol abrasa. De cuando en cuando una ráfaga de aire fresco, que llega del mar cercano, hace sentir más y más el bochorno que reina durante todo el día. Agua en abundancia ha corrido por las calles, para matar el polvo; pero la tierra, sedienta, ha sorbido el agua, el sol la ha evaporado y el barro se convierte de nuevo en polvo.

Ha pasado la hora del mediodía; pero el calor aumenta y cesa casi del todo el viento, que se diría que no sopla, sino para levantar nubes de polvo que secan la garganta y ciegan los ojos. Esos remolinos que sólo se advierten en verano, levantan una espiral rojiza que se deshace en el aire y aumenta el calor.

Por la amplia, desmesurada vía, mucho más amplia que aquellas que conducían a los anfiteatros romanos, caminan algunos hombres formando grupos, hablando con animación, tratando de las peripecias de la fiesta que en breve van a presenciar. En cuanto, á mano derecha, distinguen un gran edificio de rojo ladrillo, de forma circular, coronado por un alero verde que resguarda una triple hilada de ventanas y pórticos, superpuestas aquéllas á éstos, el paso de todos los que acuden al circo se acelera y, uno tras otro, todos los hombres penetran en la inmensa mole.

A medida que pasan los minutos discurre cada vez más gente por la ancha calle de doble paseo arbolado. Por el gran arroyo ruedan coches, pri-

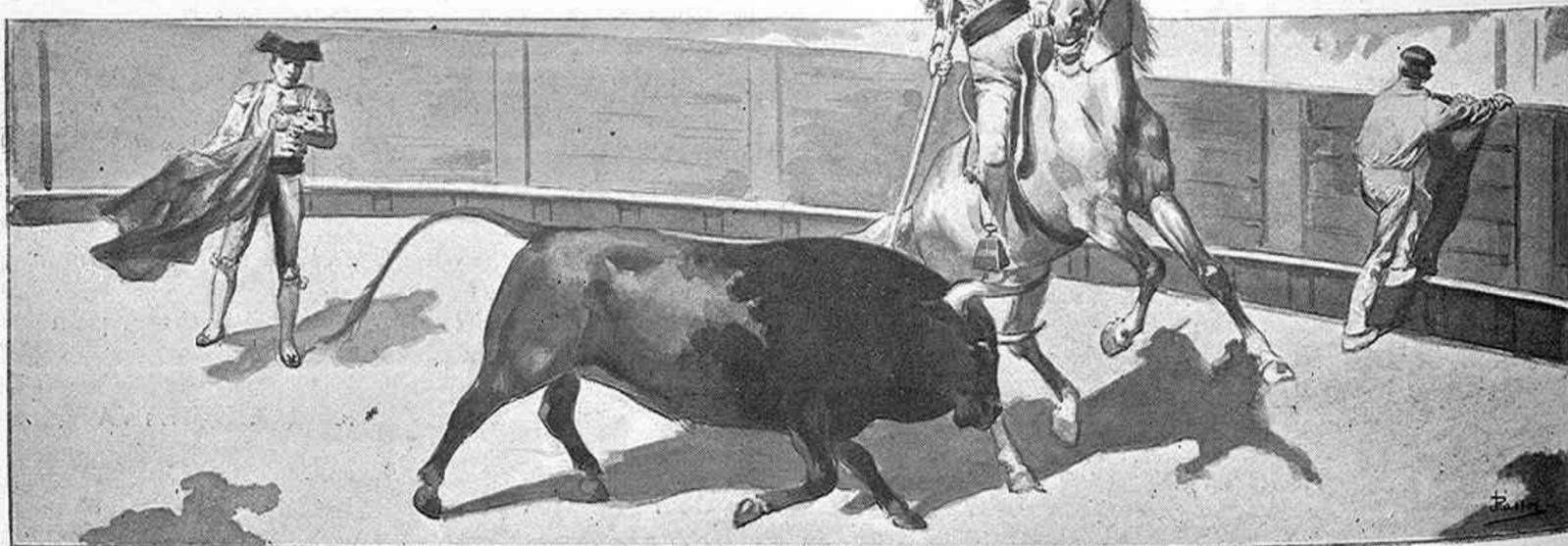
mero al paso, al trote largo después.

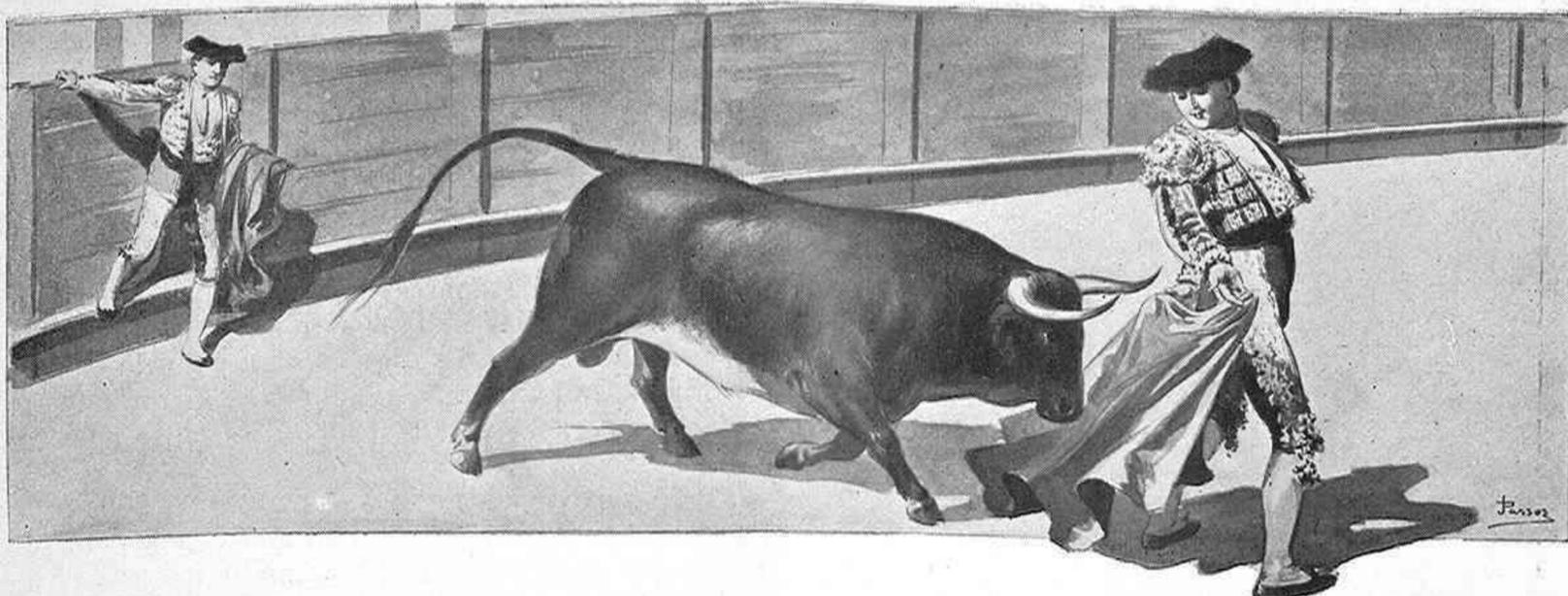
Los hay tirados por caballos éticos y con todos los asientos llenos; otros arrastrados por magníficos troncos, que llevan tan sólo á un hombre ó á una mujer; galopan los tiros de los ómnibus que rebosan gente y como flechas se deslizan entre los carruajes algunos ciclistas. Ambos paseos negrean de gente. Entre la mancha oscura resaltan algunos trajes claros, no muchos: son mujeres que acuden también, desafiando el calor, el bochorno insoportable, á presenciar la fiesta nacional.

Todos están alegres y sudorosos; todos aprietan el paso para llegar cuanto antes mejor al circo tau-rino.

Y aunque sudan y se empujan y mascan polvo y sienten una sed abrasadora, aun cuando el sol les tuesta y el calor les licúa, todos penetran en el amplio circular espacio y escalan las gradas y se acomodan en los tendidos y llenan los palcos y ríen y gritan y se interpelan y apostrofán en barreras y contrabarreras. Los que quedan en el sol, procuran atrapar un puesto allí donde más pronto dará la sombra, y los que ya, para no recibir tantos em-

pujones, se resignan á sentarse detrás de la meseta, despliegan toda especie de abanicos, pónense descomunales multicolores vi-





seras, se dan aire con abanicos de todas las formas conocidas, con papeles de todos los tamaños, y los que no han tenido la precaución de proveerse de tan indispensables adminículos los compran á los arrapiezos y grandullones que vocean todos los periódicos taurinos, habidos y por haber. De cuando en cuando, toda la muchedumbre sentada, se pone en pie; parece que un vendabal agite aquellas olas humanas. Es que hay *bronca*. Dos ó más señores se apostrofan y se zurren la badana con gran regocijo de todos los espectadores. Y todo vuelve á quedar como antes, palo más, palo menos.

* * *

Mucho se ha declamado y se declama contra la fiesta de los toros. Los que tal hacen y afirman que el toreo es un resto de barbarie que el atavismo pega á nuestra sangre; que las corridas son el espectáculo más repugnante y sangriento que pueda darse, es que están tocados de hipocresía hasta lo más profundo de su sér.

Reflexionen un poco y verán, si no están cegados por invencible apasionamiento, que la mayoría de los espectáculos son tan peligrosos para los artistas, son tan depresivos para la dignidad humana y que, en cambio, carecen de la grandeza que, á no dudarlo, tienen las fiestas taurinas.

Acuden todos á presenciar las carreras de caballos; es de buen tono decir que se ha asistido á ellas; los periódicos que

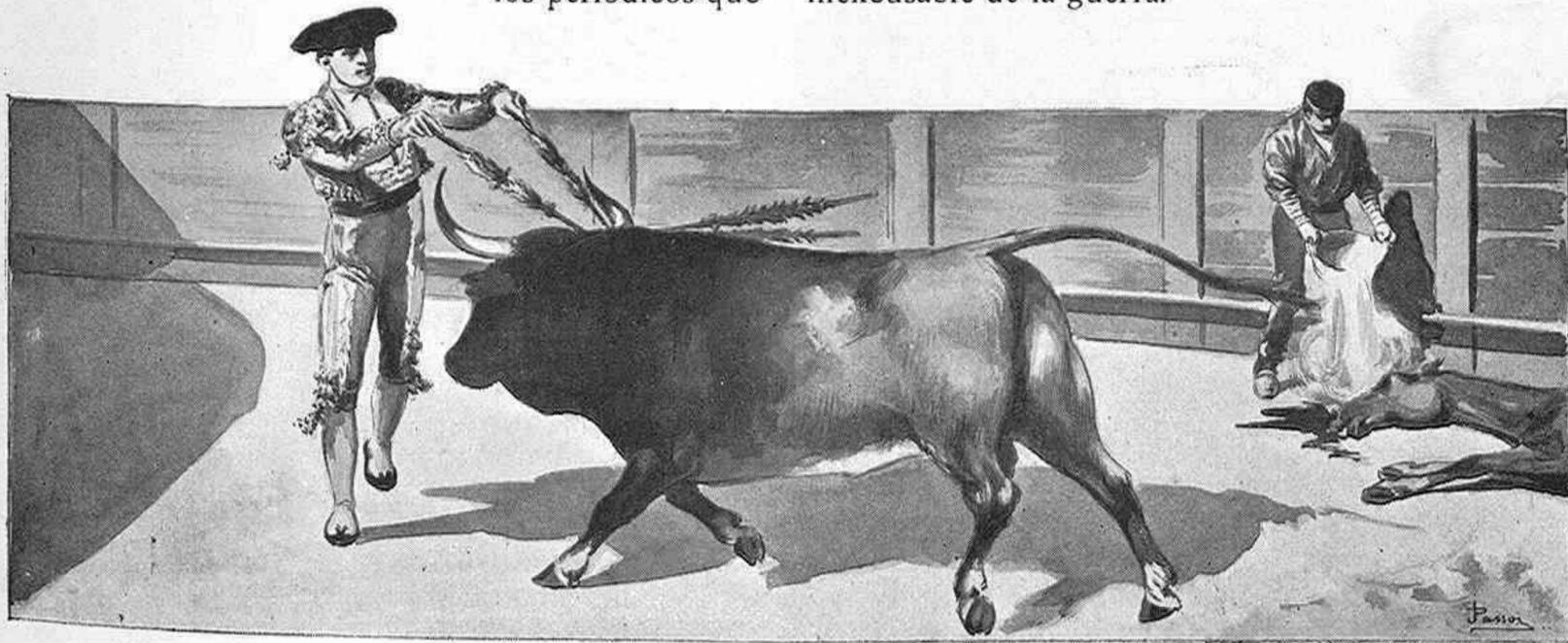
truenan contra el toreo entonan despampanantes alabanzas á los carreristas. Pues bien; está probado, archiprobado que las carreras de caballos son mucho más funestas para cuantos toman parte en ellas que las corridas de toros.

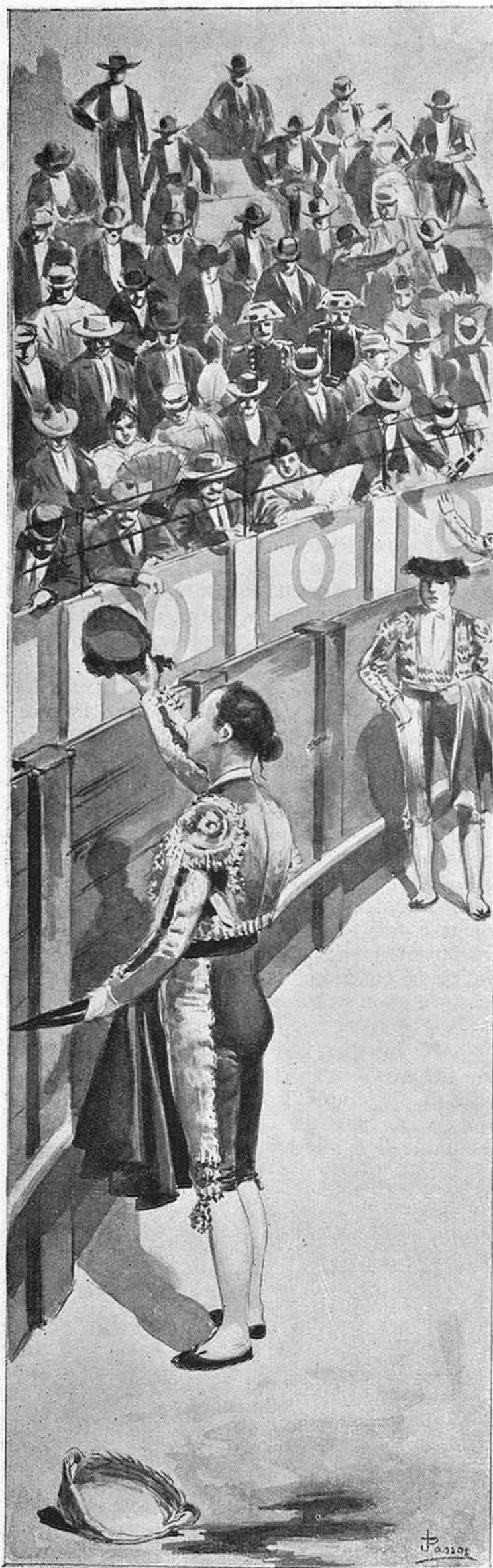
En veinticinco de éstas celebradas en Madrid, con ganado de pura sangre, con espadas de primera, no hubo, durante el último año, sino un hombre ligeramente herido y otro, un picador, atacado de una congestión cerebral, de la que se repuso antes de las tres horas.

¿Saben, en cambio, los lectores de PLUMA Y LÁPIZ cuántos hombres murieron en veinticinco carreras de caballos verificadas en Longchamps, Vincennes, Anteuil y Suremes? Pues bien; ocho hombres perecieron, todos á consecuencia de tremendas caídas y quedaron cinco tan malparados que no podrán dedicarse más al noble *sport* de ver quién revienta antes un caballo.

¿Quién no ha visto los espectáculos de los circos ecuestres? Son, sin tener su grandiosidad y atractivo, graciosos y arriesgados como los del toreo. A primera vista parece que lo son menos, considerándolo mejor, puede asegurarse que no hay comparación entre unos y otros en punto á peligro. Hablad con los artistas de circo y todos os dirán que son muy pocos los que, dedicándose á un ejercicio de algún peligro, pueden retirarse sanos y salvos.

¿En dónde está la barbarie de las corridas de toros, cuando aún persiste la barbarie auténtica, inexcusable de la guerra?





Aquellos que predicán contra los toros, vean el aspecto de la plaza antes de principiár la corrida, y mal de su grado confesarán, si quieren ser sinceros, que aquel ámbito inmenso, alumbrado por el sol, cubierto por la desmedida bóveda azul, cuajado de espectadores, no tiene ni rival ni parecido.

* * *

El presidente aparece en el palco. Suenan un ¡Aaah! prolongado. Todos miran á la presidencia y el señor de la «chistera» saca un pañuelo blanco, rompe la música en alegre marcha, y por la puerta de arrastre aparecen las cuadrillas entre aplausos estrepitosos.

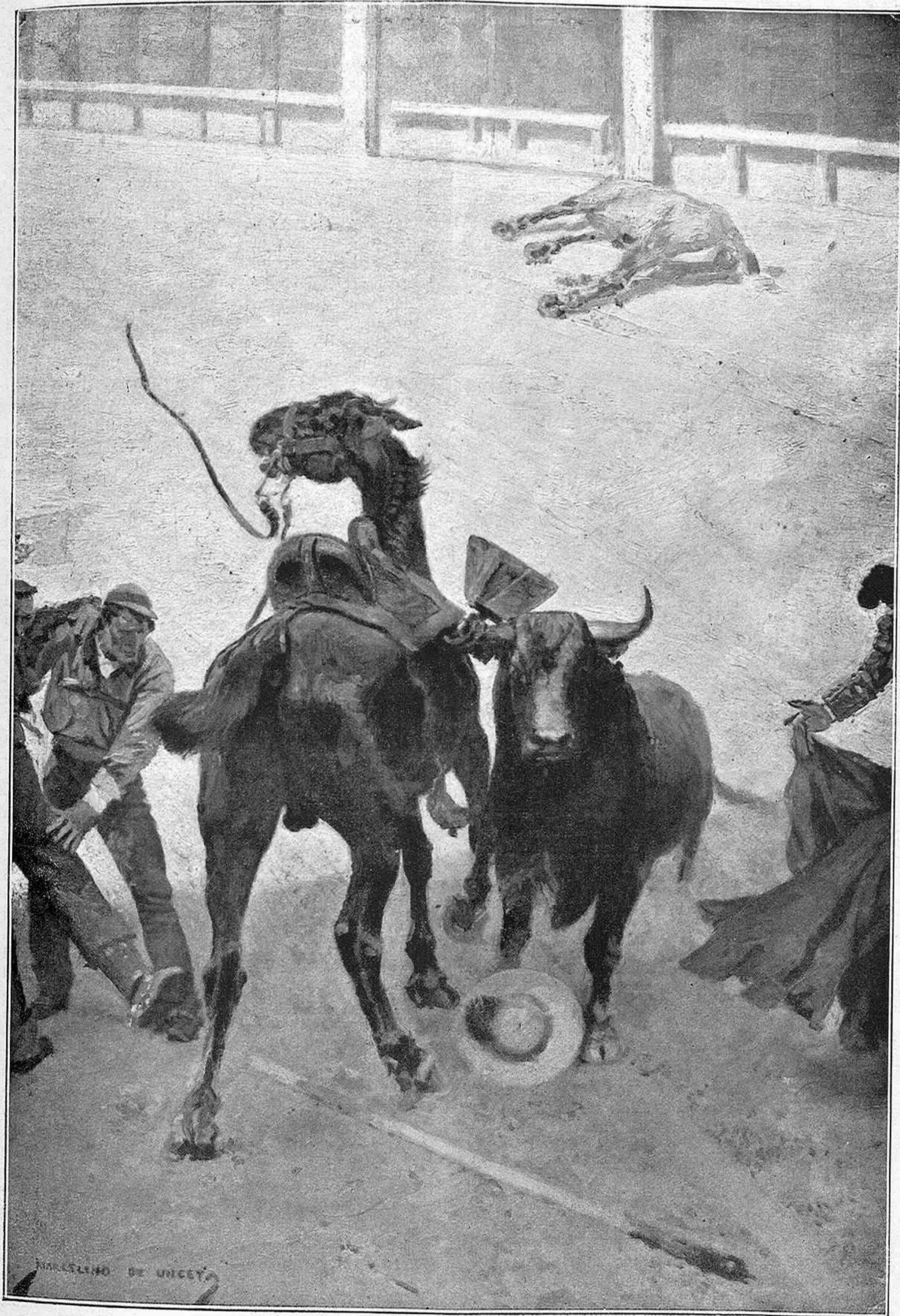
Van delante los alguaciles para hacer el despejo; siguen los espadas fulgurantes de oro, y detrás de ellos los peones, todos procurando mover mucho el cuerpo, para que reluzcan más los bordados de oro y plata y ondeen las capas de vivos colores, que deslumbran la vista, heridas por el sol. Cierran la marcha picadores y mulillas, sobre rocinantes lamentables aquéllos, vistosamente enjaezadas éstas.

El alguacil toma ó recoge la llave, que con más ó menos habilidad le arroja el presidente. Hace llegar su caballo hasta la puerta del toril, resuena un toque de clarín, todos fijan su atención en un obscuro boquete que se abre y de aquel antro, con violencia de tempestad, con empuje incontrastable, abiertos, muy abiertos los ojos, alta la cabeza, azotando la larga cola los poderosos flancos que se estremecen de ansiedad y de ira, aparece el primer toro.

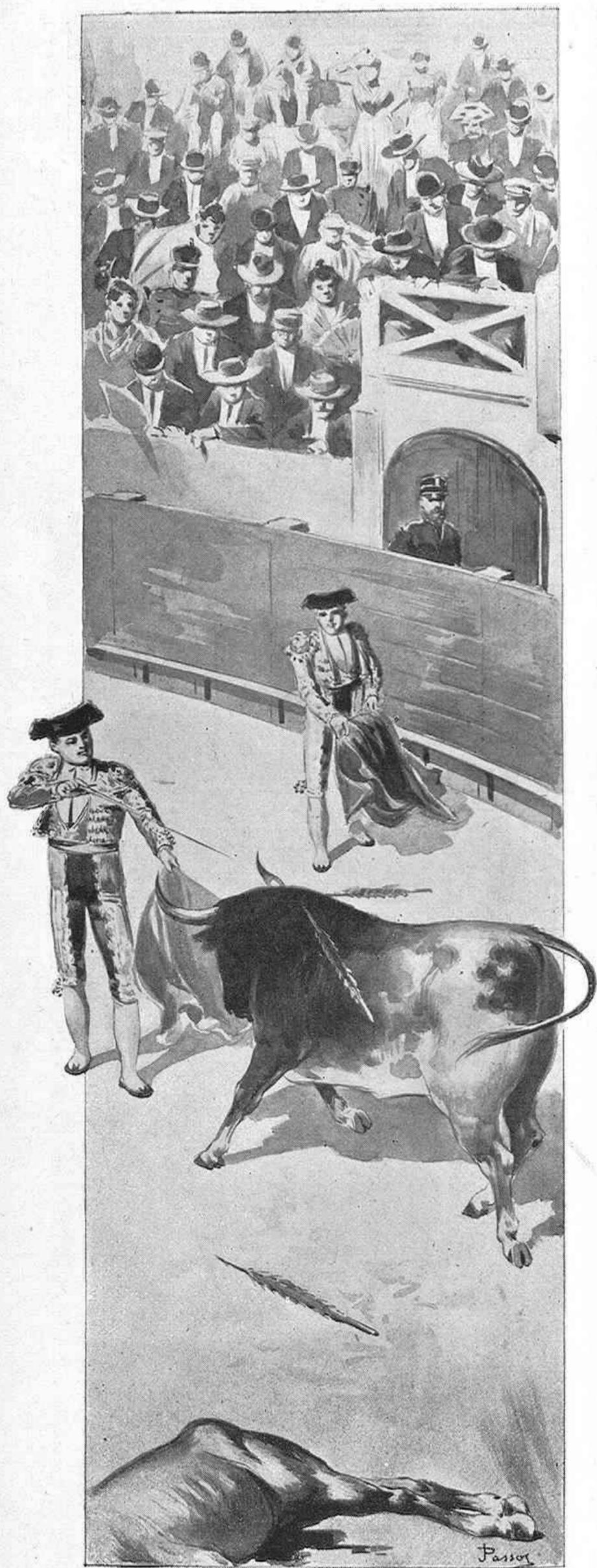
El instante aquél es solemne. La fiera, si es de buena casta y de gran bravura, deslumbrada por el sol, aturdida por el bullicio, sorprendida al ver aquella muchedumbre inmensa, aquel aparato inusitado, se detiene unos momentos para orientarse. Enfrente ve á los peones que se disponen á burlar su furia con las capas, á la izquierda, á unos hombres inmóviles que oprimen con el robusto brazo unas largas picas que en su extremo tienen un agujón formidable. Aquéllos, montados en sus caballos, rodeados de los monos sabios que ostentan sus chaquetas rojas, son los mayores bultos que advierte el bicho.

Y allá va con empuje de tromba. Choca contra el primero y le derriba; corre al segundo, y sin cuidarse de la herida que la garrocha abre en su morrillo, cornea al caballo, le levanta con su cabeza poderosa, le tumba con los hijares sangrientos ó con el vientre desgarrado. Ruedan los picadores por el suelo, suenan aplausos y silbidos, recarga el toro contra aquella masa que se revuelve al sentir el hachazo y los matadores, ligeros y atrevidos, rápidos y oportunos, con sus capas chillonas cubren al picador y arrastran en pos de sí al bruto que, ciego de coraje por el dolor que siente y por el esfuerzo hecho, cornea el aire ó el percal sin acertar á herir al diestro que se burla de su furia, que le hace obedecer dócilmente, que le recorta y que después, durante los breves instantes que necesita el toro para darse cuenta de lo que ha ocurrido, para descansar, le ponen la montera en el testúz, ó se arrodillan ante él, á tiro de asta, arrojándole arena al hocico entre fragorosos aplausos.

Los picadores vuelven á la carga. Si el bicho está en los medios, unas capas le obligan á acer-



RECARGANDO.



carse á la barrera y cuando está parado, cuando quizá imagina que le van á dejar en paz, el jinete avanza de nuevo blandiendo la pica, que se hunde otra vez en las carnes cuando el bicho arremete con la cabeza baja. Y el toro muestra una herida cruenta; pero caballo y picador yacen derribados en la arena, perdiendo el primero un río de sangre. Si el animal es duro y se crece al hierro, si derriba á cuantos se le ponen por delante, la suerte se prolonga hasta que ha recibido diez ó doce varas y harto ya de carnicería y de lucha, queda algo aplomado, con menos facultades que al principiar la lidia.

Suena otra vez el clarín y dos peones cogen las banderillas y van en busca del toro. Si éste acude con rapidez á su llamamiento, el hombre espera á pie firme su acometida rabiosa y á dos palmos de los cuernos hurta el cuerpo marcando al toro una salida falsa, mientras mete los brazos y clava los rehiletes sin mover los pies del suelo. Cuando el bicho siente la doble herida y advierte el engaño, el banderillero ya está en la barrera y un compañero suyo, que estaba junto á su terreno de salida, distrae la atención del animal. Dos ó tres veces se repite la suerte. Luego, nuevo toque de clarín.

Ha llegado la hora de la muerte.

El espada empuña el estoque con una mano, y la roja muleta con la otra; se detiene debajo del palco de la presidencia, brinda montera en mano, y después se dirige en derechura al toro. Si el matador lo es de raza, no despliega la muleta sino á dos pasos y en la misma cara del bicho; cita á éste que se arranca, y marcándole el derrote y la salida con la flámula, queda en el mismo sitio que ocupaba. Se revuelve el toro y otra vez se encuentra ante los ojos el trapo rojo. Quiere acometerlo; pero la tela pasa por lo alto de su cabeza ó parece arrastrarse por el suelo, y en vano la cornea. Y después de marearlo lo bastante, con la muleta fija al bicho, el matador se perfila apuntando la espada entre ambas paletillas y cuando aquél arranca, el brazo del hombre se extiende con la rapidez y la fuerza de un resorte de acero, el estoque se hunde entre las agujas, hasta la empuñadura, y mientras engañado por la flámula sale el toro ya herido de muerte, el espada saluda levantando ambas manos y el público rompe en un aplauso delirante que hace estremecer el edificio sobre sus cimientos.

Mientras el matador da lentamente la vuelta al ruedo saludando, el puntillero hunde su puñal entre las vértebras de la res caída. A veces, el espada flamea la muleta ante los ojos del toro, para que el puntillero cumpla más fácilmente su cometido.

Después suena la música y aparecen las mulillas que enganchan los caballos muertos y los arrastran hacia el desolladero. El toro muerto, sale el último del ruedo, también arrastrado por las mulillas. Cuando ha sido muy bravo, los espectadores le saludan con una salva de aplausos.

Las suertes se repiten seis veces y la corrida termina. Y el desfile es mucho menos alegre que la entrada, porque ya la corrida no es una esperanza, sino un recuerdo.

A. RIERA

Dibujos de JOSÉ PASSOS.

LA HORA DE LA CORRIDA

(A EDUARDO ZAMACOIS)

Por la anchurosa calle que conduce
á las puertas del circo,
bulle en tropel la muchedumbre alegre
y aumenta el incesante vocerío
de los revendedores que pregonan
billetes y abanicos.

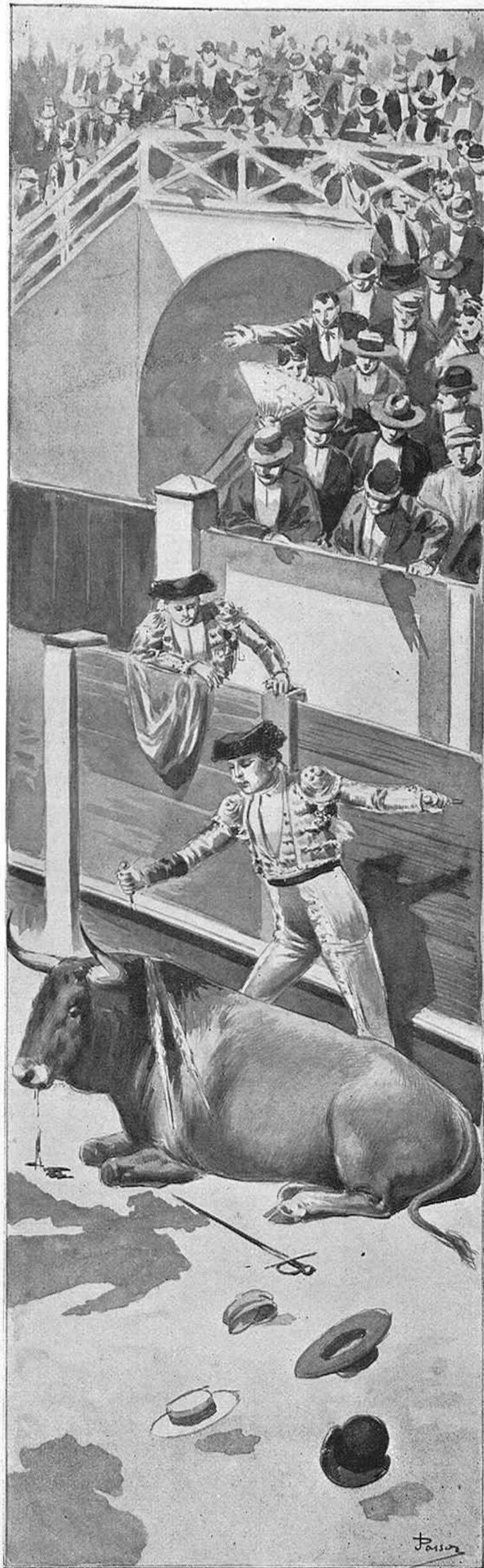
En las esquinas cuelgan
fragmentos reducidos
de vistosos programas de colores,
azules y pajizos,
que rasgaron las manos destructoras
del rapazuelo listo.

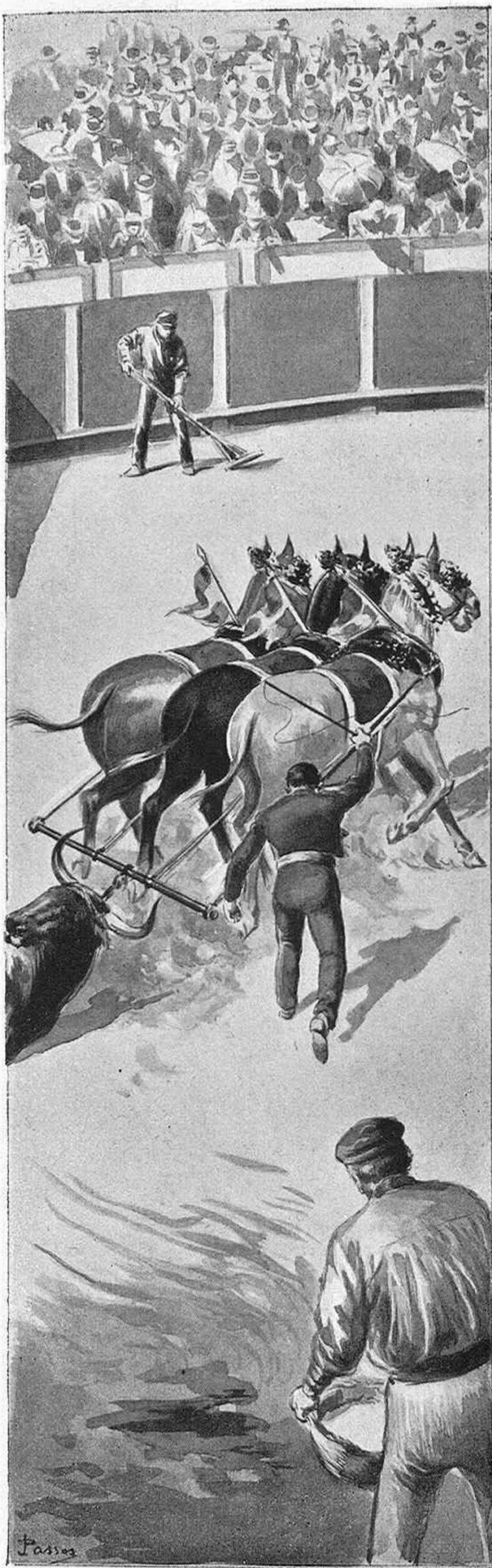
Arrastradas por potros jerezanos,
llegan hasta al bullicio
lujosas carretelas
de charolado brillo,
rebosantes de mozos de anchos tufos
y marsellés ceñido...
y de lindas flamencas
que en sus sedosos rizos
lucen altas peinetas nacaradas,
y en el talle, moldando sus hechizos,
la clásica mantilla de madroños
y el pañolón de flecos amarillos.

Un soberbio alazán enjaezado,
de recias crines y pujante brío,
avanza hacia la plaza
conduciendo al airoso alguacilillo.
Ya vienen los apuestos picadores
en caballos raquíticos,
chupeteando, á la par que caballean,
un veguero magnífico.

Luego van, en carruajes descubiertos,
los émulos gallardos de *Paquiro*,
mostrando, á los curiosos que les miran,
su brillante atavío
verde botella y oro,
grana y azul corinto,
y alamares de plata que destellan
con fulgurantes golpes de zafiro.

Siguen mozos de plaza,
mulilleros, chulillos
con las rojas muletas, banderillas
y capotes de *brega* deslucidos;
y tras éstos, pitando,
la escandalosa turba de chiquillos
que burlan los trallazos del cochero
con muecas y silbidos.



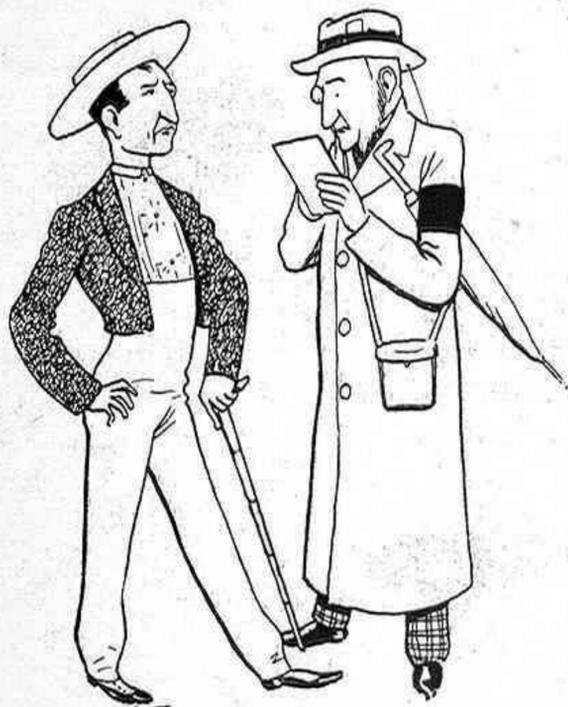


Al llegar los carruajes á la puerta
del grandioso edificio,
la explanada rebosa espectadores
que, en desbordado círculo,
se agolpan presurosos
del coche á los estribos.
La mano de los diestros
buscan todos solícitos;
les regalan habanos,
brindan cañas de vino,
y prometen guardarles los capotes
mientras lidian los bichos..

Los bravos lidiadores,
serios y reflexivos,
penetran en la plaza
al lado de sus íntimos,
desoyendo las frases lisonjeras
de los aduladores del oficio.
Al *patio de caballos*
llegan como abstraídos
en tristes pensamientos que aprisionan
su valeroso espíritu.
Recuerdan á las madres,
á las tiernas esposas y á los hijos
que en su casa dejaron exhalando
dolorosos gemidos,
y ante una imagen angustiados rezan
mientras ellos se lanzan al peligro.
¿Quién sabe si en la lucha de esta tarde
tendrá sangriento fin su rudo oficio?
¡El animal es noble, pero á veces
sobrepujan sus fuerzas al castigo!
Cuando empiezan la música y las palmas
y el entusiasmo vibra en sus oídos,
el lidiador desecha reflexiones
y, firme en su arriesgado compromiso,
se presenta en la arena
burlándose de negros pesimismos;
al diestro le seducen
las frenéticas palmas del *tendido*:
siempre igual; al arrojo y la destreza
empuja el egoísmo.

El oro y los aplausos
son codicioso estímulo
que arrastra del torero
la vida al precipicio;
frente á frente pelean
el triunfo y el martirio:
el hombre, por saciar sus ambiciones,
el animal, cediendo á sus instintos;
dos vidas que no saben
cual rodará al abismo;
si la del bruto, ó la que va empujada
por la atracción del interés mezquino.
Pero al diestro no importa que á la postre
lo mate su enemigo...
¿No valen más la fama y las riquezas
que una vida de eterno sacrificio?...

E. ALBERTO CARRASCO



1. — Y pongasté que yo soy *mú* guapo, y que además soy el único que sabe recibir ¡chipén!



2. — Fíjese usted en la manera de vestir... y *aluego* véngase á la plaza que va á ver *canela*.



3. — *Prefectamente*, le voy á brindar á *osté* el *tercero*, que lo voy á recibir ¡chipén!



4. — ¡Vaya por *osté* y sus *crompatiotas*! ¡olé!



5. — ¡*María Zantizma!*



6. — *Osté* perdone, señor de torero. Mí parece que mí haber puesto una equivocación. ¿*Osté* haber dicho recibir chipén ó recibir *chichón*?



